

# Catequesis #2

## La pobreza, esperar todo en Dios

28 niños mueren cada día en Gaza y más de 17.000 ya han muerto en la guerra con Israel, según UNICEF (AP, 17/07/2025)

Ucrania: más de 6 millones de refugiados en toda Europa (Naciones Unidas, 11/09/2024)

Millones de niños africanos están en riesgo por brotes de enfermedades contagiosas. (Naciones Unidas, 19/02/2025)

Cáritas alerta de que una de cada cinco familias españolas están en situación de pobreza. (COPE, 13/02/2025)

### Comparte

¿Qué te devuelven estos datos? ¿Qué realidades vienen a tu mente? ¿Cómo conecta esta realidad con tu opción de fe? ¿Qué tienen que ver con tu experiencia del Jubileo?

Francisco sabía muy bien que nada había en el mundo que careciera de alma y, llevado por esa certeza, tanto la amigable unión que establecía con todas las cosas como el hermanamiento con todos los seres, provocaron que su paso por la tierra discurriera en un continuo estado de inteligente inocencia. El pobre de Asís también sabía que cuanto más desasido, más hermano y libre se sentía, por lo que jamás optó por poseer, ni apegarse, ni aferrarse a otra entidad que no fuera la Dama Pobreza, entendida como un modo de ser y estar que permite que las cosas sean, que las personas sean y que el mismo Dios sea, pues conoció con clara y distinta lucidez que el afán de posesión es, como hoy podemos ver, el gran obstáculo para establecer la fraternidad en el planeta (El bajísimo. Christian Bobin).

La vida de Francisco está atravesada por una experiencia que no es agradable. La pobreza no es deseable, nadie quiere verse pobre. A veces, tampoco queremos ver a los pobres. Y sin embargo, para Francisco, no había opción. Abrazar el Evangelio era abrazar la pobreza y a los pobres. El encuentro con Cristo lo llevó a una imitación radical de Jesús, poniendo en Él toda seguridad y atreviéndose a abandonar las suyas. Dos dimensiones, dos movimientos en el *poverello* que se informan mutuamente: su relación con las cosas, su desprenderse, y su saberse hermano de todos, su hacerse cargo de todos.

Una dimensión, más “hacia afuera”, es la exigencia de ser y saberse hermanos. El papa Francisco, en Fratelli Tutti, recuerda:

En estos momentos donde todo parece diluirse y perder consistencia, nos hace bien apelar a la solidez que surge de sabernos responsables de la fragilidad de los demás buscando un destino común. La solidaridad se expresa concretamente en el servicio, que puede asumir formas muy diversas de hacerse cargo de los demás. El servicio es «en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo». En esta tarea cada uno es capaz de «dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. [...] El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas».

Los últimos en general «practican esa solidaridad tan especial que existe entre los que sufren, entre los pobres, y que nuestra civilización parece haber olvidado, o al menos tiene muchas ganas de olvidar. Solidaridad es una palabra que no cae bien siempre, yo diría que algunas veces la hemos transformado en una mala palabra, no se puede decir; pero es una palabra que expresa mucho más que algunos actos de generosidad esporádicos. Es pensar y actuar en términos de comunidad.

(FT 115-116)

Y Benedicto XVI, en *Deus Caritas Est*, recuerda el papel y la obligación de la Iglesia, no solo de la persona, en el cuidado de la dignidad del hermano:

El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos: «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2, 44-45). La «comunidad» (koinonía), mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (cf. también Hch 4, 32-37). A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa. (DCE 20)

Otra dimensión, o tal vez la misma, pero vivida “hacia dentro”, es la que se cuestiona la relación con las cosas. El sitio que ocupa lo que poseemos, lo que tenemos:

Siempre hay razones excelentes y válidas para buscar la seguridad material. Por eso la pobreza debe ser vivida con un discernimiento vigilante. Para ser garantizada, debe convertirse en una disposición interior; un sesgo o “hábito” –“un modo de proceder”– que siempre será reconocido en sus efectos aunque los tiempos, el trabajo y las circunstancias puedan ser diferentes. (James Hanvey, sj)

Tal vez, sin la primera dimensión, es difícil vivir ciertamente la segunda. Una pobreza centrada en uno, sin referencias al otro, puede replegarnos y vivirse como mérito y vanidad. Tampoco es posible la hermandad sin la opción personal que implica la segunda dimensión. Es la fraternidad de la teoría, de las palabras vacías. El punto que las une, tal vez que las hace posibles, es la referencia a Cristo. En Él se funda esta opción por la pobreza, una que hace que construir la Esperanza sea posibilidad cierta, real, tangible... y que no es otra cosa que esperar todo en Dios, para uno y para los otros.